

El deber de instruir

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él. Proverbios 22:6

Un domingo por la tarde, un padre salió a pasear al campo con su hijo. Como hacía calor se acostó a la sombra de un árbol mientras su hijo corría y jugaba, llevando hermosas flores a su padre.

El padre, cansado después de una semana atareada, se durmió. Mientras dormía, el niño se alejó de él. Cuando el padre despertó, lo primero que hizo fue buscar a su hijo.

Luego de mucho andar llegó al borde de un precipicio y, mirando hacia abajo, vio entre piedras y zarzas el cuerpo sin vida del niño. Bajó hasta donde estaba, y, tomando al pequeño cadáver en sus brazos, llorando, decía a gritos que era un asesino, pues mientras dormía el niño se había caído en el precipicio.

Éste es un cuadro vivo de lo que sucede en muchos hogares. Los padres y las madres se duermen; se dejan vencer por el sueño del descuido y la dejadez, mientras sus hijos van acercándose al terrible precipicio que termina en el infierno.

A voz en cuello quisiera gritar: «¡Padres y madres despierten! ¡Asuman su responsabilidad! ¡Enseñen a sus hijos a andar por el sendero de la vida!»

El deber de los padres

Dice un proverbio turco: «El que no da un oficio a su hijo le enseña a ser ladrón.»

Desde los albores de la historia la instrucción y la enseñanza han sido parte vital de la vida. Dios comenzó dando enseñanza a nuestros primeros padres. Les instruyó acerca de la vida que debían llevar en el huerto del Edén. Les dio órdenes acerca de lo que podían hacer y la única cosa que no podían hacer, que era comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Siguiendo el ejemplo de nuestro Hacedor y Padre celestial, como padres debemos ser muy minuciosos en enseñar e instruir a nuestros hijos. El sabio Salomón había descubierto la importancia de esto, por lo que escribe en uno de sus proverbios que si se instruye al niño en su camino, aun en su vejez no se apartará de él.

El descuido se paga con lágrimas

Los padres que descuidan la enseñanza generalmente tienen que pagar con muchas lágrimas esa negligencia.

Se cuenta de un padre que cada domingo andaba encorvado entre las tumbas de un cementerio. Al llegar a la que buscaba, caía de rodillas, clamando: «¡Oh, hijo mío, ojalá hubiera sido un padre diferente cuando te crié! ¡Oh

si hubiera servido a Dios y te hubiera guiado por el camino recto! ¡Oh, hijo mío, perdón por mi negligencia!»

Este hombre era el padre de un famoso pistolero, que no respetaba a nadie y que por fin cayó abaleado por la policía en medio de la calle.

El padre se había convertido a Cristo, pero DEMASIADO TARDE para influir en la vida de su hijo, que como resultado había perdido su vida y su alma.

Dios ha ordenado la enseñanza

Dios dio órdenes específicas a los hijos de Israel acerca de la enseñanza. Las mismas órdenes siguen en vigencia:

«Pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos.

Y las enseñareis a vuestros hijos:

hablando de ellas

- cuando te sientes en tu casa.
- cuando andes por el camino,
- cuando te acuestes,
- y cuando te levantes,

y las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas.» Deuteronomio 11:18-20



Lamentablemente, la enseñanza de la Palabra de Dios en el hogar se descuida mucho, repercutiendo esto en la condición desordenada de nuestra sociedad. ¡Qué triste es ver padres que se preocupan más por las cosas materiales, los vicios y los deleites personales que por los niños que llevan su nombre!

Padres cristianos: ¡guíen a sus hijos por caminos de rectitud! ¡Sean ejemplos dignos de imitar! ¡Enséñenles con diligencia la Palabra de Dios!

Cada hogar, una casa de oración

Para enseñar con éxito se necesita disciplina. No es algo que haremos si nos sobra tiempo. Es un asunto para el cual hay que darse tiempo. Nada que valga la pena es gratis o se consigue sin esfuerzo. Los hijos bien criados no vienen preparaditos desde el cielo, envueltos en un hermoso papel de regalo. ¡NO! Son los padres que con esfuerzo y dedicación consiguen esta clase de hijos.

Los padres tienen que dedicar tiempo a la enseñanza todos los días. Es necesario escoger un momento apropiado para reunir a la familia con el fin de adorar juntos a Dios. Dios dijo que su casa sería llamada «CASA DE ORACIÓN». Ese debería ser también el nombre de cada hogar cristiano.

Tengo un imán que me ha acompañado desde que mis hijas eran pequeñas, que lleva la siguiente inscripción: «**La familia que ora unida, se mantiene unida.**» Es un pequeño imán que encierra una de las más grandes verdades para mantener unido nuestro hogar. ¡Qué buen recordatorio de la gran importancia de la oración!

Mis hijas ya son grandes; una de ellas está en la gloria. Mi esposo también ha pasado a la presencia de Dios. Las palabras que ahora escribo son de experiencias pasadas. Ahora vivo sola; mi compañera es «Soledad». Mi hija en vida vive lejos, pero la oración nos une. Nuestro reciente acuerdo en oración es pedir a Dios un despertamiento espiritual en nuestras respectivas iglesias. Nuestra petición a Dios es que haya un derramamiento del Espíritu Santo como en el día de Pentecostés.

Necesitamos avivamiento

Cuando yo era joven pedíamos con fervor un avivamiento. Nuestra oración era: «Señor, envía un avivamiento y comienza conmigo.» Esa debiera ser la oración de cada uno de los hijos de Dios. Necesitamos avivamiento; necesitamos un despertamiento espiritual.

Este mes el tema del hogar es «Casa de Dios». Hay cuatro aspectos que quiero enfocar en forma especial:

Casa de Dios: mi corazón

Nuestro corazón es templo de Dios, morada del Espíritu Santo. Imagínalo como tu casa. Invitas a Jesús a vivir contigo; pero solo le das acceso a la sala y el dormitorio de huéspedes. Hay un cuarto que guardas bajo llave; ni por nada quieres que Él descubra lo que hay allí. Cristo



solo es huésped en tu corazón. El Señor necesita que le abras toda la casa, que le des las llaves, especialmente de esa habitación «secreta». Tu corazón tiene que ser casa de Dios –¡sin reservas!– y Jesús el jefe supremo.

Casa de Dios: el hogar

Haz de tu hogar morada de Dios. El padre, la madre, los hijos, y cualquier otra persona que sea parte de la familia, deben cada uno poner la mirada en Cristo para seguirlo de todo corazón. El hogar debe ser morada santa del Espíritu de Dios. Él puede llenarlo de su paz y su amor. No quiere decir que todo será perfecto, porque nadie escapa de los problemas y las tentaciones. Pero con Jesús podemos ganar victoria sobre todo lo que venga en nuestro camino. Las naciones serían transformadas si los hogares fueran casa de Dios.

Casa de Dios: la iglesia

Parece lógico que la iglesia sea casa de Dios. La iglesia es el cuerpo de Cristo; su esposa. Él busca presentar ante Dios una esposa pura y sin mancha. Hay iglesias donde Jesús no es bienvenido; a Él se le concede asiento en uno de los últimos bancos, como observador. No se da la bienvenida al Espíritu Santo. Dios es solo un símbolo. Pero, en todo, Jesús debe tener preeminencia. Es mi oración que las iglesias sean realmente casa de Dios. ¡Necesitamos avivamiento! Necesitamos el fuego del Espíritu Santo para que arrase con la liturgia y las tradiciones humanas que no dejan paso libre a la obra de Dios.

Casa de Dios: el cielo

Ésta es nuestra esperanza; un día hemos de morar en la casa de Dios. Pero no todos los que dicen «Señor, Señor» a Jesús entrarán en el reino de los cielos. Solamente el que hace la voluntad del Padre, dijo Jesús.

Cada hogar casa de Dios y puerta del cielo

«Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:22-23).

¡Que Dios nos ayude a vivir en santidad! «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

La oración en familia

¡Qué felicidad es leer la Biblia y orar juntos en familia! No hay que esperar hasta que los niños sean grandes para hacerlo. Aun antes que nazcan se puede estar orando por ellos, y apenas los tenemos en nuestros brazos podemos juntar sus manitos y elevar oraciones al cielo. No tardarán los pequeños en aprender el significado de la oración y juntar solos sus manos.

Recuerdo vívidamente cuando nuestras hijas eran pequeñas y de vez en cuando ellas oraban por nosotros. Como padres les enseñamos el camino de rectitud y como recompensa recibimos consuelo y apoyo por medio de sus pequeñas y sencillas, pero dinámicas, oraciones.

Una de nuestras maestras de escuela dominical nos contó un día acerca de su pequeño hijo que exigía que ella le leyera la Biblia antes que se duerma. «Mamá, léeme un salmo», le decía el muchachito. Y mientras ella le leía, el niño se dormía tranquilo.

No descuides tu responsabilidad

¡Comienza hoy a cumplir tu responsabilidad! Si eres padre o madre cristiana, que hasta estos momentos has descuidado tu responsabilidad, ¡arrepíentete! De rodillas, pide perdón a Dios por tu negligencia y no dejes pasar un día más en desobediencia, descuidando la enseñanza. Pues es desobediencia descuidar la enseñanza de la Palabra.

Notas personales



A los padres que ya están cumpliendo su deber, digo: ¡Felicitaciones! ¡Sigán adelante! ¡Su esfuerzo tendrá su recompensa en buenos hijos e hijas!

Repaso de las ordenanzas

Repasemos las ordenanzas para los padres. Debemos grabar los estatutos del Señor en el corazón y en la mente. Por medio de Moisés Dios dijo a los israelitas que atenen los preceptos en sus manos como una señal y que los lleven en su frente como una marca.

Debían enseñar las ordenanzas a sus hijos y repetirlas...

- al estar en la casa
- al andar por el camino
- al acostarse
- al levantarse

Los hijos de Israel también debían escribirlas en los postes de su casa y en los portones de sus ciudades. En otras palabras, las ordenanzas de Dios debían gobernar toda su existencia. La promesa era que sus días serían numerosos sobre la tierra (véase Deuteronomio 11:18-21).

Puerta del cielo

Cuando el patriarca Jacob escapaba de su hermano Esaú, por haberlo engañado y porque éste tenía en mente matarlo, Dios se le apareció en un sueño. Jacob vio una escalera al cielo, y los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella. Dios le dio la promesa de que estaría con él. Cuando Jacob despertó de su sueño, comprendió que Dios estaba en ese lugar, y tuvo miedo. Entonces dijo:

«¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo» (Génesis 28:17).

¡Puerta del cielo! Cuando Cristo ocupa su debido lugar y nosotros nos sometemos a su soberano gobierno, pienso que se puede decir que el hogar es puerta del cielo. La gente que entre bajo nuestro techo sentirá la paz y la presencia de Dios, por lo cual, en definitiva, se puede decir que el hogar es casa de Dios. Justamente ese nombre le dio Jacob al lugar donde Dios le habló: **Bet-el**, que significa **Casa de Dios**.

Dios nos habla mediante la lectura de la Palabra y la oración. Al practicar estas disciplinas espirituales nuestros hogares pueden llegar a ser sitios donde Dios nos habla. Necesitamos hogares que sean Bet-el. Así como yo solía orar que Dios mandara un avivamiento y comenzara conmigo, oremos que Dios mande un despertamiento espiritual que comience «en mi hogar».

¡Dios bendiga a cada uno para que nuestro corazón, nuestro hogar, y nuestra iglesia sean Bet-el!